

Y pasaron los años...

La vida y la lucha de los

# INOCENTES INDULTADOS

Nicole Cornejo

El drama de los (y las) indultados (indultadas) no concluyó con su liberación. El camino de reconstrucción de la vida está lleno de penas, alegrías, *chamba* y más *chamba*. Un drama convertido a veces en comedia, por el bien de la risa, ¿no Zonia? Como la vida misma y también como en las películas. Presentamos el testimonio de tres indultadas y el de una familia completa que nos cuentan qué hay después de las rejas. Historias mínimas, sin duda, que dependen de un máximo corazón (coraje).

Nicole Cornejo



Zonia Rosas estuvo presa dos veces. Fueron en total trece años que comenzaron cuando solo tenía 20. Salió indultada en el 2004, y hoy lucha por mantener a su familia unida, reparando con chistes y cremas Ebel las cicatrices de la pobreza y la separación.

Para mí el indulto era lo mejor que me podía suceder en la vida, pero cuando salí me di cuenta de que tenía otra cárcel, el problema económico, que me impide organizarme como yo quisiera. Tengo algunos familiares que han logrado mantener un nivel de vida menos ajustado, pero cuando yo salí y los llamé te juro que me tiraron el teléfono. Una vez me encontré con una amiga y se bajó del carro como loca.

Entonces fui entendiendo que estaba sola. Entendí que era yo, mis hijos, y, bueno, dos buenas hermanas que siempre me han apoyado. Porque mi esposo está en la cárcel, y otra familia no tenemos.

El primer año de libertad me moría de miedo. Tenía el sentimiento de que todo el mundo me seguía; veía carros a mis espaldas y me asustaba. En mi casa no faltaba un auto blanco en frente con lunas polarizadas. Seguro eran policías, porque para ellos nunca debimos haber salido. Los primeros días no quería salir sola, pero poco a poco me fui adaptando, perdiendo el miedo. Fui entendiendo que no podía vivir así toda la vida. Y la gente ya no duda de mí, porque las acusaciones que hacía la Policía eran absurdas.

Entonces me metí a vender cosméticos. Puedo decir que sí me gusta; ya son varios años que vendo esto, y ya me he familiarizado con las varias líneas. Estoy analizando y estoy viendo que el mercado se está poniendo cada vez más duro. Y me pongo a pensar: "Si yo hubiera estudiado, si tuviera una profesión, mi calidad de vida sería mejor".

Ya no soy tan joven, y con el problema que he tenido no es tan fácil conseguir un trabajo. Se han presentado gastos que yo no puedo cubrir, como por ejemplo el juicio por mi casa. El banco quería embargar mi casa por una deuda que ni siquiera supe, una deuda de una señora, la antigua dueña de la casa. Pero bueno, lo económico lo tengo que tomar deportivamente.

Me he puesto a pensar: “¿Qué puedo hacer yo para salir de esta crisis?”. Y recordé los espectáculos que hacía en la cárcel para animar a mis compañeras. Pero, a mi edad, ¿hacer esos espectáculos? ¿No sería ridículo? Me encontré con una amiga que me contó que tiene unas tías que

animan *shows* infantiles en Huancayo, y una se disfraza de lobo y otra de Caperucita, y me dijo: “Para ellas la edad es lo de menos. Tú a su lado eres una chibola”. Y bueno, tendré que intentarlo. Ojalá me salga.




Magdalena se hizo “madre a la fuerza”, como ella misma dice, tras ser detenida y violada por militares. A esa traumática experiencia le siguieron una acusación por terrorismo y seis penosos años de reclusión. Ya acabó la carrera de Educación con una tesis sobre la importancia del canto en la enseñanza.

Cuando salí mis condiciones económicas eran difíciles. A pesar de que yo quería estudiar en la universidad, tuve que irme por dos años a la chacra de mis padres en Chiclayo y sembrar arroz para regresar a Lima con la cosecha y poder pagar la universidad. Así logré terminar la carrera de Educación en La Cantuta.

Volver a la universidad fue como volver a ser yo: encontré maestros y maestras que me han apoyado muchísimo, y todo el cariño de mis compañeras y compañeros que sabían mi situación. Recuerdo el día en el que, después de verme por la televisión en una Audiencia Pública de la CVR, llegué a la universidad y todos me estaban esperando para darme un abrazo.

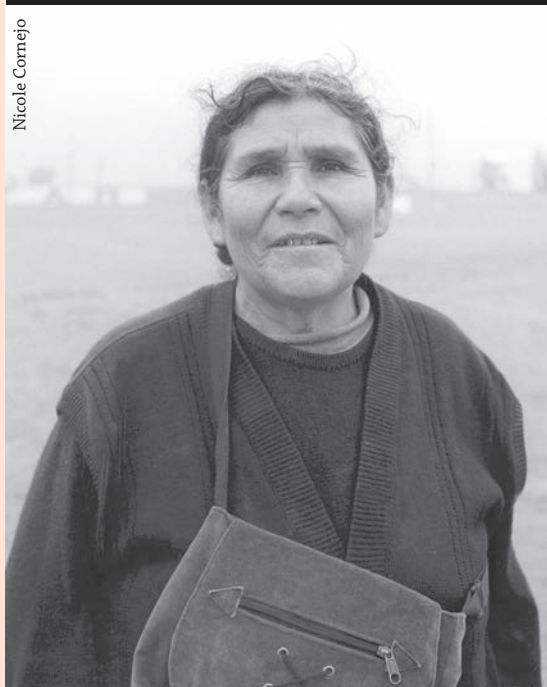
Yo sabía que las cosas afuera no me esperaban tan bonitas, pero no tenía temor. Me preocupaban las dificultades que encontraría en la relación con mi hija. Ella tenía 5 años y antes la había visto muy poco. Fue difícil para ambas, porque no nos conocíamos. Teníamos costumbres distintas. Yo no me sentía muy bien cuando ella me decía “mamá”, pero tuve que superar todas esas cositas porque ella me necesitaba. Mi hija me ayudó en el proceso de realizarme como madre. Todo eso hizo que nuestra relación sea más fuerte y muy linda.

Nada puede reparar que toda la etapa más hermosa de la vida de un joven se pierda en una celda tan oscura y fría, pero definitivamente hay algunas cosas de la

cárcel que me sirven de experiencia. Ahora me digo a mí misma: si viví allá, si pude resistir eso y ahora estoy libre, nada me impide hacer cosas. La cárcel me hizo más fuerte, optimista y persistente.

Ahora estoy haciendo mis trámites de titulación. Con el título listo podré conseguir un trabajo como docente. Mi sueño es trabajar para el Estado y que mi niña —ella tiene ahora 12 años y está en segundo de secundaria— continúe con sus estudios, como debe ser.

Nicole Cornejo



Liduvina fue detenida y obligada a firmar una manifestación que no entendía y que la condenó. Un sufrimiento innecesario ha impreso en su rostro arrugas que se extienden como los barrotes de la celda que albergó injustamente a una inocente. Aun así, ella siembra flores en la arena y le sonrío a la vida.

**Magdalena**

Es profesora de **educación primaria**  
 Dispuesta a ser contratada en un colegio  
 y dicta clases particulares en todas las  
 materias a niños en edad escolar.

La ubican en:  
 magdalena-monteza@hotmail.com

Creo que por solo hablar quechua es que me pasó todo. Cuando me detuvieron yo ni siquiera podía hablar castellano. Ahora ya lo hablo un poco, pero no sé ni leer ni escribir.

En la cárcel lo perdí todo. Tenía un terreno en Huancavelica y una casa en Canto Grande que mis hijos tuvieron que vender para poder pagar al abogado. Sucedieron muchas cosas malas mientras estuve allá: mi hija falleció, otra hija se fue con las pandillas y mi hijo se accidentó cuando estaba trabajando. Yo no me enteré de nada hasta que salí; mis hijos no querían que me preocupe.

Al salir me fui a mi tierra pero allá me trataron mal mis hermanos y mis cuñadas: no creían que era inocente. Por eso tuve que volver a Lima. Aquí vivía en una chocita en Canto Grande. Ahora he venido a vivir a Huachipa, en el terreno que el Gobierno nos ha dado a los indultados.

Antes de entrar en prisión yo estaba sana, trabajaba, tenía mi negocio de venta de frutas y especias. Ahora tengo un hijo enfermo que no puede trabajar y yo quiero trabajar pero no tengo capital, no tengo nada. Mis hijos me ayudan dándome lo que pueden, pero ellos también tienen hijos ahora y son responsables por sus familias.

Me siento como cuando estaba detenida porque no trabajo. Pero apenas pueda voy a poner un negocio para que mi hijo venda comida y yo golosinas en una carretita.

**Señora Liduvina**

Los más lindos tejidos  
 con cariño de abuelita.  
 Pueden llamar al  
 9394 1961

En 1994 comenzaba una pesadilla para los Romero-Coro: a los esposos Diodoro y Marcelina y a sus hijas Angie y Jhenny los detuvieron, encarcelaron y acusaron por traición a la patria. Ellos pasaron injustos y largos ocho años en prisión esperando por una libertad que les llegaría cuando recibieron el indulto por inocencia.



Nicole Cornejo

Lo de la cárcel siempre va a estar en nuestros pensamientos: no creemos que exista un dolor más fuerte que ese. Después de estar adentro, cualquier problema que se nos presenta no es nada. Nos hemos hecho más fuertes y más llenos de energía para poder salir adelante.

Nosotros estuvimos veinte años juntos antes de que nos detuvieran, pero al salir nos fue muy difícil compartir como antes y hacer cosas juntos. Nos separamos por un tiempo pero después empezamos a conversar. Fue como conocernos de nuevo. Queríamos salir adelante. Éramos una familia y eso nos fortaleció para seguir juntos. Maduramos mucho adentro.

Sabíamos que al salir nuestra situación sería difícil, porque como estuvimos detenidos los cuatro no teníamos nada. Al salir sentimos alegría por poder salir y a la vez temor a la vida y a la realidad de afuera. Vivíamos el día sin saber lo que íbamos a hacer al día siguiente, de qué íbamos a trabajar, cómo nos íbamos a sostener. No teníamos ni un hogar ni dónde dormir; no teníamos documentos y nadie nos quería recibir en ningún trabajo por nuestra situación.

Fueron muchos los cambios y dificultades. Parece mentira, pero estando adentro nos sentíamos más seguros que estando en la calle. Cuando recién salimos nos daba miedo caminar por las calles, porque estuvimos tanto tiempo caminando acompañados y con alguien que nos

“cuide”. Al volver a nuestro barrio no reconocíamos las calles. Encontramos que las casitas que antes eran de esteras ya estaban construidas. Hasta la misma gente era distinta: los habíamos dejado pequeños y los encontramos a todos jóvenes. No los reconocimos.

Ahora tenemos un negocio: nos dedicamos a la compra y venta de cosas de segunda. Desde hace dos años nos va mejor, porque estamos ahí tratando de ponernos en un buen nivel. Nuestro sueño es seguir adelante en nuestro trabajo y tener un local más grande. Nuestras hijas están muy bien: Angélica tiene su propio taller donde confecciona ropa industrial y cuenta con varios clientes, y Jhenny está casada y tiene un niño.

No es que ahora estemos superfelices, pero por lo menos estamos en familia y con los planes de sobresalir, con ganas de estar mejor establecidos y no tener las preocupaciones económicas que ahora tenemos.

**Marcelina Coro  
y Diodoro Romero**



**tienen un negocio de compra y  
venta de objetos de segunda mano.  
A ellos los pueden encontrar en el  
9281 8018, o el 249 3946.**